



# Diócesis de Getafe

## CATECUMENADO

ENCUENTRO DE CATEQUISTAS. JUNIO DE 2010

### Liturgia de la Palabra

#### Lecturas:

- Ex 33,7-11. 18-23

Tomó Moisés la Tienda<sup>1</sup> y la plantó fuera del campamento, a cierta distancia. La llamó Tienda del Encuentro. De modo que todo el que buscaba al Señor salía hacia la Tienda del Encuentro, que estaba fuera del campamento. <sup>(8)</sup>Cuando salía Moisés hacia la Tienda, todo el pueblo se levantaba y se quedaba de pie a la puerta de su tienda, siguiendo con la vista a Moisés hasta que entraba en la Tienda. <sup>(9)</sup> Y una vez entrado Moisés en la tienda, bajaba la columna de nube y se detenía a la puerta de la Tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés<sup>2</sup>. <sup>(10)</sup> Todo el pueblo veía la columna de nube situada a la puerta de la Tienda y se levantaba el pueblo, y cada cual se postraba junto a la puerta de su tienda. <sup>(11)</sup> El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo. Luego volvía Moisés al campamento, pero su ayudante, el joven Josué, hijo de Nun, no se apartaba del interior de la Tienda.

<sup>(12)</sup> Dijo Moisés al Señor: «Mira, tú me dices: Conduce a este pueblo; pero no me has indicado a quién enviarás conmigo; a pesar de que me has dicho: “Te conozco por tu nombre”, y también: “Has hallado gracia a mis ojos.” <sup>(13)</sup> Ahora, pues, si realmente he hallado gracia a tus ojos, hazme saber tu camino, para que yo te conozca y halle gracia a tus ojos. Mira que esta gente es tu pueblo.» <sup>(14)</sup> Respondió él: «Yo mismo iré contigo y te daré descanso.» <sup>(15)</sup> Le contestó [Moisés]: «Si no vienes tú mismo, no nos hagas partir de aquí. <sup>(16)</sup> Pues ¿en qué podrá conocerse que he hallado gracia a tus ojos, yo y tu pueblo, sino en eso, en que tú marches con nosotros? Así nos distinguiremos, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que hay sobre la tierra.» <sup>(17)</sup> Respondió el Señor a Moisés: «Haré también esto que me acabas de pedir, pues has hallado gracia a mis ojos, y yo te conozco por tu nombre.»

---

<sup>1</sup> LXX: "su tienda" (λαβὼν Μωυση̅ς τὴν σκητὴν αὐτοῦ)

<sup>2</sup> LXX: El que habla con Moisés es el Señor en la nube. No es que el Señor esté encerrado en la tienda y que la nube baje para "proteger" el diálogo entre Dios y Moisés de la curiosidad del pueblo, o como manifestación de que Dios y Moisés estaban conversando, sino que cuando Moisés va a la Tienda, el Señor "desciende en la nube", dando así señal de su vinculación personal con Moisés y, sobre todo, su trascendencia. Él no puede ser encerrado en ningún lugar. Seguramente es una de las concepciones más antiguas de la presencia de Dios en la Tienda del Encuentro.

<sup>(18)</sup>Entonces dijo Moisés: «Déjame ver, por favor, tu gloria.» <sup>(19)</sup> Él le contestó: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre del Señor; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia.» <sup>(20)</sup>Y añadió: «Pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo.» <sup>(21)</sup>Luego dijo el Señor: «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. <sup>(22)</sup>Cuando pase mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. <sup>(23)</sup>Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver.»

- Salmo responsorial:

- Lc 11,1-4:

Y sucedió que, estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos:

Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñaba a sus discípulos.

Él les dijo: Cuando oréis, decid:

Padre,

santificado sea tu nombre,

venga a nosotros tu reino;

danos cada día el pan cotidiano;

perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a  
nuestros deudores,

y no nos dejes caer en tentación.

## Exhortación del Delegado

Vamos a intentar penetrar en algunos aspectos de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar y que pueden ayudarnos en nuestro camino personal y en el ministerio de catequistas.

Moisés tiene una especial importancia en la Antigua Alianza. Es el profeta por antonomasia. "Profeta" es quien muestra el camino *de* Dios, que es fundamentalmente el camino *hacia* Dios. Dios es el término del camino que emprende Israel desde la esclavitud de Egipto. Eso sólo se entiende si se contempla el pan de Dios en su unidad, es decir, no cerrando el AT sobre sí mismo, sino entendiendo que es camino hacia Cristo. De ahí que el NT muestre a Cristo como plenitud y cumplimiento del AT. Él es el fin y el término del camino emprendido en el Éxodo, y antes en Abraham, y antes en la creación. Por eso san Pablo dice que con Cristo ha llegado "la plenitud de los tiempos". Y ese mismo significado tienen en labios de Jesús las palabras que resumen el comienzo de su predicación: "El tiempo se ha cumplido".

En el transcurso de este itinerario, Moisés es el profeta por antonomasia, el gran profeta. Tanto es así que el AT muestra la añoranza de un profeta como él, después de su muerte: "No volvió a surgir en Israel un profeta como Moisés". (Dt 34,10)

Ahora quiero que entendáis el por qué. ¿Por qué Israel añora un hombre como Moisés? O mejor: ¿Por qué él es el mayor de los profetas? El mismo versículo del libro del Deuteronomio da la respuesta: "No volvió a surgir en Israel un profeta como Moisés". Y añade: "con el que el Señor tratase cara a cara". Sólo hay una razón para la grandeza del ministerio de Moisés: el trato cercano que mantenía con Dios. Porque él miraba a Dios, el pueblo miraba a Dios. Porque él entraba en la presencia de Dios, el pueblo se acercaba a Él. Porque él adoraba a Dios, el pueblo se postraba, –como dice el texto, cada uno a la puerta de su propia tienda– hacia Dios.

La lectura que hemos escuchado del libro del Éxodo subraya esta cercanía entre Dios y Moisés con muchos elementos diversos.

- 1) El texto dice que Moisés tomó la tienda y la plantó fuera del campamento, a cierta distancia. La versión de los LXX, dice que esa tienda era la propia tienda de Moisés. Moisés tomó su propia tienda y la convirtió en la "Tienda del Encuentro".
- 2) El mismo nombre de "Tienda del Encuentro" (o "Tienda de la Reunión), del texto hebreo, hace referencia a la función a la que sirve: permitir el encuentro entre el hombre y Dios, y entre los hombres entre sí, que se acercan a escuchar la Ley de Dios, que allí se guardaba. En los LXX es "Tienda del Testimonio", porque los Mandamientos son, en la versión griega del AT, "el Testimonio". Sin embargo no es la tienda misma la que permite el encuentro. El Dios que hizo el Cielo y la Tierra no se encierra en una tienda. Ella es sólo el lugar indicado para manifestarse. Hay un elemento que muestra esta presencia de Dios: la nube. El texto dice que cuando Moisés entraba en la tienda, la nube bajaba sobre la puerta de la tienda y el Señor hablaba desde la nube. La nube expresa el misterio de Dios, que no se puede asir. Moisés está dentro de la tienda, la nube permanece fuera y desde fuera habla a Moisés. La versión griega es aún más expresiva. Dios no está encerrado en la tienda, sino que desciende en la nube para hablar con Moisés. No está vinculado a un lugar, sino más bien a una persona, a Moisés.

- 3) Hay más detalles de esta cercanía pero vamos a comentar el último. Dice el texto: "El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo". Así se muestra el mayor grado posible de cercanía entre un hombre y Dios. En el AT sólo de un hombre se dice propiamente que haya sido amigo de Dios: de Abraham. Dos veces se dice de él. Pero ahora se añade que Moisés dialogaba con Dios cara a cara, sin intermediarios.

Éste es el punto fundamental por el cual Moisés es considerado el mayor de los profetas. Por eso él, más que ningún otro es añorado. En el diálogo que mantiene con Dios reside la eficacia de su ministerio, de su conducir al Pueblo de Dios.

Damos un paso más. El texto del Éxodo nos introduce inmediatamente en el diálogo entre Moisés y Dios. Lo más llamativo de ese diálogo es una aparente contradicción: Había dicho el texto que Dios y Moisés hablaban cara a cara, pero aquí escuchamos que Moisés se dirige a Dios y le pide: "Déjame ver tu rostro". Preciosas palabras que muestran el corazón de un hombre que se mueve buscando a Dios, que vive anhelando a Dios. Pero muestran que la cercanía entre Dios y Moisés aún distaba mucho de ser perfecta. ¡Cuánta distancia entre Dios y nosotros! ¡Qué grande e incomprensible es Dios! ¡Qué pequeños, qué ciegos y qué miserables nosotros! Aún cuando más se empequeñece, cuando toma carne y nace como hombre, cuando permanece entre nosotros en las especies eucarísticas, ¡cuánta distancia!, ¡qué difícil penetrar realmente en su presencia y en su compañía!

Moisés era el hombre que hablaba con Dios cara a cara, pero sin embargo aquí confiesa que no ha visto su rostro y suplica ser introducido en esta visión. Suplica bien, porque el hombre no puede alcanzar a Dios, si Dios no se le manifiesta. No seamos ingenuos y soberbios. Entre Dios y nosotros hay un infinito, que sólo Su misericordia acorta. Moisés lo sabe. Y suplica. Sin embargo no ha llegado el tiempo de la plena manifestación del rostro de Dios. Por eso recibe la respuesta que tantas veces hemos escuchado: "Mi rostro no lo puedes ver". Dios le permite a Moisés contemplar su gloria, su belleza, su santidad indirectamente. Para eso utiliza la expresión de "la espalada": *«Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Cuando pase mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver»*.

Es un texto que ha sido comentado de formas diversas por los Padres y otros autores, pero ahora nosotros no podemos pararnos en ello. Lo importante es ponerlo en conexión con nuestro tiempo, con el tiempo en el que vivimos nosotros, es decir el tiempo de Cristo, el tiempo en el que Dios ha tomado carne humana, se ha hecho verdaderamente hombre y se ha manifestado como hombre. Comparad la respuesta que el sufrido Moisés recibe de Dios con lo que en este tiempo nuestro dice san Juan: *"La ley nos vino por Moisés, la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás. El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado"*.

San Juan pone así el ministerio de Cristo en relación con el de Moisés. Y la superioridad del ministerio de Cristo, se fundamenta ¿en qué? –en la relación única que él tiene con Dios. La superioridad del ministerio de Cristo sobre Moisés estriba en que él es Hijo, Moisés no lo era. En que él está en el seno del Padre y ve al Padre, Moisés no. Tan estrecha es la relación entre las Personas, tan real su comunión, que la Trinidad de Personas

son un solo Dios. Y por eso Cristo podrá decir a Tomás: *"Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre"*. No porque las personas se confundan, como pensó la herejía modalista. No, las tres personas son verdaderamente tales, una el Padre, otra el Hijo y otra el Espíritu Santo. Pero la comunión entre ellas es tan perfecta que la Trinidad de Personas es un solo ser, un único Dios, inseparable, indivisible.

Pero volvamos un momento con la escena de Moisés. Hemos comentado la parte final de su diálogo con Dios, cuando le pide a Dios ver su rostro. Pero el diálogo había dado comienzo un poco antes.

Moisés había comenzado su diálogo con una especie de queja. Le dice a Dios: Me has encargado guiar a este pueblo, pero no me has dado ninguna ayuda, estoy solo en esta tarea. Y eso que me has dicho que contaba con tu gracia. Pues bien, si es verdad, ayúdame, muéstrame el camino. Mira que es tu pueblo.

Como veis esta primera parte de la oración de Moisés está centrada en la misión que ha recibido para guiar al pueblo. Y él sabe que esa misión depende de su relación con Dios, por eso le pide: "hazme saber tu camino, para que yo te conozca". Después, viene la petición de ver el rostro de Dios.

¿Qué significa esto? –Que Moisés entiende que guiar al pueblo, depende de su relación personal con Dios. El camino hacia Dios no es el camino de unas normas, ni del conocimiento de un sistema de verdades. Moisés no les puede dar a los suyos un mapa con las indicaciones precisas para que ellos mismos caminen por su propio pie. Ni siquiera basta que Moisés les deje bien aprendidos y explicados los Mandamientos, que guarda en la Tienda del Testimonio. Dios ha querido que el camino de los hombres hacia Él pase por la relación estrecha con otros hombres. Esto es una ley que se cumple inexorablemente. El camino de Dios, el camino hacia Dios, es una realidad personal, significa compartir la búsqueda de los que van por delante, compartir el camino y la vida de los que van por delante. Y para eso, los que van por delante, no pueden conformarse con dibujar un mapa, por preciso que sea y decir: "Venga, aquí tienes dibujado el camino. Ándalo". No es así, Dios no lo ha querido así.

Vamos ahora al Evangelio

Se trata de la oración del Padre Nuestro. El Padre nuestro tiene una importancia capital. En el cristianismo primitivo era una oración secreta, que no se enseñaba sino cuando el catecúmeno ya había sido designado como "competente" y había sido "elegido" para la celebración de los sacramentos. Era entonces cuando la Iglesia le hacía entrega del Padre Nuestro, enseñándole de viva voz la oración del Señor y explicándole su sentido. Hoy día no mantenemos el secreto del arcano por dos motivos que ahora no tenemos tiempo de explicar.

No voy a repetir cosas que ya sabéis por las catequesis que dais a los catecúmenos. Sólo quiero que caigáis en la cuenta de una cosa: la oración del Padre Nuestro es una oración sólo de los cristianos. Es una oración que sólo es verdadera en sus palabras cuando es pronunciada por un cristiano; es decir, por uno que se ha unido a Cristo por la fe y el bautismo y sigue a Cristo. ¿Por qué digo esto con tono polémico?

Porque esta oración es la oración del Hijo hecho hombre, del único que ha sido engendrado antes del tiempo por el Padre y se ha hecho hombre. Es Su oración. Es Su diálogo con Dios. El diálogo que el "nuevo, verdadero y definitivo Moisés" tiene con Dios. En Jesús, la humanidad que Él ha asumido en la única persona del Hijo, participa al modo humano de la relación divina de la Trinidad. Ese modo humano de la relación divina es el que expresa a cada paso el Evangelio de san Lucas.

Jesús puede llevar definitiva y plenamente al hombre hasta el mismo seno de Dios porque Él tiene esta relación especialísima y única con Dios: ser el Hijo, el Unigénito. Él sí ve el rostro de Dios. Y Él mismo ha convertido su humanidad en el rostro de Dios para el hombre.

La versión de san Lucas, la que hemos escuchado, nos enseña algo importante: Jesús enseña el Padre Nuestro en el marco de su propio diálogo con Dios; la oración humana de quien es el Hijo verdadero, el diálogo verdadero y perfecto, la comunión anhelada por Moisés. Y de esa relación Jesús hace partícipes a sus discípulos, a los suyos, a los que viven con Él y Le siguen.

Esto es lo propio de la oración cristiana, es participación de la oración del Hijo. No es una oración autónoma, de fulano o de mengano, de ésta o de aquella comunidad concreta. Si eso fuese así, por perfecta que fuese en sus formas o en su contenido, en sus peticiones o en su acción de gracias, aún no sería oración cristiana. La oración cristiana se define por ser participación de la oración del Hijo, que al hacerse hombre y llamarnos a unirnos a Él por la fe y el Bautismo, se ha hecho nuestra Cabeza y a nosotros nos ha hecho sus miembros. El Hijo hecho hombre sí entra en la presencia de Dios y se relaciona con Dios como quién es en verdad, como el Hijo único. Y nosotros, por la fe y el Bautismo, hemos venido a ser "hijos en el Hijo", hombres que han recibido una nueva naturaleza, la divina, y una nueva relación con Dios: la de una nueva filiación. Ahora somos "hijos de Dios". Ahora, no antes.

Por tanto la oración cristiana, cuyo paradigma y norma es el Padre Nuestro, no es sino participación de la oración del Hijo de Dios hecho hombre. Sus palabras sólo tienen sentido si son pronunciadas por el Hijo verdadero y por aquellos que Él ha unido a su persona. En la oración, en la relación con Dios se expresa el corazón de Cristo y el corazón de un cristiano. Llegar a ser cristiano significa llegar a participar de la vida de Cristo, de su ser, de la relación personal que Él tiene con el Padre. Llegar a ser cristiano es esto.

Ahora quiero que caigáis en la cuenta del método educativo de Jesús. ¿Qué veis en el Evangelio que hace Jesús para hacer cristianos? ¿Qué hace Jesús? Al igual que en el caso de Moisés y más aún, no imparte clases de doctrina divina con un horario. Él ofrece su vida y exige participar de su vida, como camino hacia Dios. Jesús se ha hecho hombre, ha llamado a Simón y a Andrés, a Santiago y Juan... les ha admitido en su compañía, les ha hecho partícipes de su propio camino humano hacia Dios, hacia la Resurrección. Y en ese camino, no les enseña una teoría sobre Dios, sino que les permite entrar en la intimidad que Él tiene con Dios.

Este método de Cristo, es el único método que hay para hacer cristianos, el único método en el que se ha de fijar un sacerdote y un catequista. Es un método muy exigente, pero es el único.

Siempre se ha comparado el Catecumenado con el seno de una madre. El seno materno de la Iglesia que cuida a sus hijos. Nosotros somos el Catecumenado, pero ¿somos como una madre? Yo personalmente estoy muy agradecido a todos vosotros por el esfuerzo que habéis hecho por atender a los catecúmenos. Pero hoy tenemos que preguntarnos dos cosas:

- 1ª. Si nosotros mismos estamos embarcados realmente en este camino de seguimiento de Cristo. Ya sé que somos cristianos y que la mayoría, todos los que podéis sois de misa diaria, o estáis en comunidades o grupos. Pero os digo la verdad: no basta eso.

Yo quiero que nos preguntemos por nuestro corazón. Si anhela como Moisés ver el rostro de Dios. Si estamos empeñados en dar un paso más cada día en el seguimiento de

Cristo. Él nos ha llamado a su Iglesia para ser santos. Y nos da los medios necesarios para poder caminar tras Él y pisar sus huellas. Si no estamos en este camino, si a alguno no le interesa el camino de la santidad, os pido que me digáis cuando podáis que renunciáis a la tarea de catequistas. Prefiero tener que dar yo todas las catequesis que tener catequistas sin deseos de avanzar de verdad en el camino de la santidad, en el camino de la búsqueda de Dios. No que no tengan debilidades, deficiencias y pecados, sino que no luchen por avanzar, suplicando perdón cada día, escuchando a Dios cada día, y pidiendo a Dios cada día como Moisés: **Muéstrame tu rostro.**

- 2ª. La segunda pregunta que quiero que nos hagamos todos sinceramente es si nosotros hemos usado con las personas que Dios ha puesto en nuestras manos este método que hemos visto en Moisés y mucho más radicalmente en Jesús. ¿Hemos trazado un mapa y se lo hemos dado a los catecúmenos? ¿O les hemos dicho: no te preocupes, yo te llevo, ven detrás de mí, acompáñame?

Antes de seguir adelante quiero que consideréis dos errores. El primero: en muchos sitios, no en nuestra diócesis, a los catequistas del Catecumenado ya no se les llama catequistas, sino "acompañantes", dando a entender que el catequista está al mismo nivel que el catecúmeno y que le da pistas y le enseña algunas cosas, y así el otro hace su propio camino. Bajo la imagen de humildad, lo que hay es una dejación de responsabilidad. Una madre no es una "amiga" y mucho menos un "acompañante". Eso es una mentira y un error. El catequista no es "un igual". El catequista va por delante en el camino hacia Dios, aunque realmente acompañe al catecúmeno y esté cercano a él. Pero va por delante. No recibe los golpes junto a él, sino antes que él y se adelanta a sus necesidades. Se adelanta a sus tentaciones y cuando éstas llegan, el catequista ya ha rezado por su catecúmeno y ha hecho penitencia o ha ofrecido por él su propia enfermedad. Pero eso supone una gran responsabilidad. ¿Queremos nosotros asumir esta responsabilidad que Dios nos ofrece?

El segundo error es muy parecido a éste. Todos habéis oído la expresión: "Aprendo yo de él, más que él de mí". Cierto que muchas veces nos enseñan paciencia, generosidad etc. Eso es cierto, pero no nos damos cuenta de que por pobres que seamos personalmente cada uno de nosotros, aún en el caso de que moralmente tengamos mucho que aprender de los catecúmenos, lo cierto es que nosotros tenemos algo que ellos no tienen, como Cristo tenía algo que no tenía nadie más que él: a Dios. Y nosotros tenemos a Dios. No por nacimiento, sino por fe y por Bautismo. Hemos perdido la conciencia de esta riqueza nuestra, que llevamos en vasijas de barro, y se nos olvida lo que hemos de ofrecer a los hombres. Nosotros no hemos sido llamados para enseñar simplemente preceptos, o dogmas, o cómo sentarse o ponerse de pie en la liturgia. Hemos sido llamados para llevar a Dios. El Dios verdadero que los hombres no tienen y que nosotros sí tenemos, no por mérito, sino por la fe y por gracia de Dios. Así que tenemos una gran responsabilidad. **Nadie puede ofrecer a Dios más que nosotros, porque nosotros, la Iglesia Católica, somos el Cuerpo Vivo de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, el Pueblo de Dios.**

Os quiero poner dos ejemplos contrarios: en el primero se ve la pérdida de conciencia del don que hemos recibido los cristianos, en el segundo lo contrario. El primero ocurrió hace poco...<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> El ejemplo no lo referimos aquí porque son hechos recientes, cuya exposición pública podría dificultar el itinerario de algún catecúmeno.

Ahora el ejemplo opuesto, el de san Ignacio de Antioquia, mártir del s. II. Es arrestado en Asia Menor y es llevado en barco hasta Roma para sufrir el martirio. En el camino, el barco va haciendo escalas en distintos lugares, recibe la visita de las representaciones de diferentes iglesias locales y él a su vez escribe algunas cartas destinadas a éstas y a otras iglesias. Son cartas preciosas, están traducidas al español y algunos fragmentos forman parte del Oficio de Lecturas. Una cosa curiosa de estas cartas es cómo se presenta en el saludo. Y suele presentarse así: Yo, Ignacio, de sobrenombre Teóforo, saludo a la Iglesia que está en...". Os llamo la atención sobre este sobrenombre que él mismo se da: "Teóforo", que en griego significa "portador de Dios".

Pues se cuenta que, cuando San Ignacio de Antioquía fue llevado a la presencia de Trajano, éste exclamó: «¿Quién eres tú, pobre miserable, que osas traspasar nuestras leyes?» E Ignacio contestó: «Ésta no es manera de tratar a Teóforo». «¿Quién es Teóforo?», pregunta el emperador. Y contesta Ignacio: «El que lleva a Cristo en su pecho».

Nosotros somos Cristo para los catecúmenos. Hemos de asumir la responsabilidad de llevar a Cristo, de ser portadores de Dios. No somos iguales a ellos. San Pablo lo dice muchas veces en sus cartas: "**Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo**" (1Cor 11,1)<sup>4</sup>. Y os recuerdo que cuando lo escribe aún nadie lo llamaba *san* Pablo.

Ahora bien, puestos al descubierto estos errores, vayamos a la metodología que Dios ha mostrado para educar a su pueblo. ¿Qué hace Moisés? –No dibuja en un mapa el camino hacia la tierra prometida, sino que carga con el Pueblo y con sus pecados, con sus propias tentaciones, con su frialdad, con sus murmuraciones continuas. Por eso dice la Escritura que Moisés era el hombre más sufrido de la tierra. ¿Qué hace san Pablo? Con sus propias palabras: "**Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar como sea a algunos**" (1 Cor 9, 22)

"Para ganar a algunos". Un inciso importante sobre esto. El camino de la vida cristiana, el camino que conduce primero al Bautismo y luego a la Vida eterna, es un camino en el que constantemente dialogan dos libertades, la de Dios y la de cada hombre. Y el hombre puede decir no a Dios. Más aún, lo más fácil es que el "hombre natural" diga no a Dios. Cuando los catecúmenos no responden como deberían, hemos de saber que son libres. Si hemos hecho algo mal hemos de corregirlo, pero no hemos de andar buscando "novedades" o "atracciones" para que no se vayan. Lo que hemos de revisar, de cara a Dios, es si nosotros hacemos lo que debemos. Y eso es lo que estoy haciendo ahora. Lo demás hemos de dejarlo en manos de Dios y de cada hombre. No os preocupe que otros puedan pensar que sois unos pésimos catequistas porque no conseguís que persevere un solo catecúmeno. Preocúpate del juicio que pueda hacer Dios.

Estábamos en las palabras de san Pablo: "**Me he hecho todo a todos, para ganar como sea a algunos**". San Pablo se identifica tanto con aquellos a los que ha entregado el Evangelio que, al hacer gala de los padecimientos sufridos a causa del Evangelio, enumera entre otros, los siguientes: "**¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?**" (2 Cor 11,29).

Y ¿qué hace Cristo? Cargar con la incredulidad de los discípulos<sup>5</sup>, con la rudeza de Simón, con la idolatría de Judas, con la ambición de la madre de los Cebedeos y con la poca

<sup>4</sup> Cf. 1Cor 4,16; Flp 3,17; 1 Tim 1,6

<sup>5</sup> Cf: Mt 17,17: Jesús respondió: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo acá!»

hombria de Santiago y de Juan para poner a su madre en su sitio. Carga con el carácter débil de unos, con los pecados de impureza de otros, con el amor al dinero, carga con el pecado de todos nosotros y nos invita a compartir la vida con él: "**Venid conmigo**".

Ahora nos toca a nosotros. Por lo general, queremos llevar al cielo a los hombres dedicando un rato a preparar la catequesis y otro rato a darles una clase. Yo creo que Jesús era un pobre ignorante, debía haber mirado el futuro y haber aprendido de nosotros. Que, por un lado no queremos entregarnos, más que un poquito. Y por otro nos quitamos la responsabilidad de ser los que han de ir por delante. Ni permitimos la compañía de los otros, más torpes, quizá con pecados que escandalizan a nuestros ojos, quizá ignorantes y pobres, extranjeros, ajenos a nuestra cultura... Ni tampoco caminamos nosotros por delante.

Hoy os pido para el futuro algo más de lo que os he pedido hasta ahora. Y os lo pido en nombre de Dios, porque **realmente está en juego la salvación de aquellos hombres por los que Cristo derramó su sangre. Os pido que os dispongáis no sólo a dar una o dos horas de catequesis, sino a admitir en vuestra compañía, en vuestra amistad, como Cristo os admite a vosotros, a los catecúmenos que nos son encomendados.**

Eso significa desde luego más que un rato de catequesis. Significa que cuando llega el momento, habrá que acompañar al catecúmeno a la Misa de su parroquia. Y si allí no hay el ambiente adecuado o no le hacen caso, habrá que llevárselo con uno a donde uno participe habitualmente de la Eucaristía dominical para integrarlo allí. Eso significa que habrá que estar pendiente de su vida, de sus debilidades, de sus tentaciones, de sus sufrimientos, incluso de si le falta lo necesario para vivir. Y habrá que ofrecerse no sólo como pulcros profesores, sino como verdaderos maestros, que van por delante, que conocen, que aman a sus catecúmenos, que rezan por ellos, que se sacrifican por ellos y que los llevan sobre ellos, si es necesario.

Lo único que nos limita en la entrega es la libertad del otro. Si el catecúmeno no quiere, si no acepta seguirnos, ahí acaba nuestra responsabilidad.

Esta es la segunda pregunta que quiero que nos hagamos y que respondamos delante de Dios.

Después de cinco años que lleva en marcha el Catecumenado, ésta es la primera reunión en la que os hemos convocado a todos. El primer encuentro de carácter general y me ha parecido que lo más importante que os tenía que decir es esto. Ninguno de vosotros se ha presentado voluntario para ser catequista, sino que os hemos buscado y os hemos pedido que lo hagáis. Algunos han tenido más trabajo que otros, dependiendo de varias circunstancias. Hoy quiero pedirlos a todos vosotros que sigáis mostrándoos disponibles para esta tarea. Pero quiero también que entendáis y asumáis las exigencias que os muestro.

Quiero también que asumáis estas exigencias como lo realmente importante. Otras cosas, creedme no lo son. Luego quiero hablaros de algunas cosas concretas. Pero ahora, delante de Dios, en su Presencia y después de haber escuchado su Palabra, os pido que respondáis delante de Él a estas dos cuestiones. Y que antes de responder si queréis asumir estas exigencias, consideréis la exigencia que asumió Moisés por su pueblo, la que asumió san Pablo por sus comunidades, las que tantos otros asumieron. Y, sobre todo, las que asumió Cristo por ti.